POR QUÉ NO ME GUSTA EL COLOR AZUL

WHY I DON'T LIKE THE COLOR BLUE

POR QUE NÃO GOSTO DA COR AZUL

Cecilia Sánchez García[1]

ARK CAICYT: https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s27187519/3c9qsdiiv

Resumen
A partir de la narración de una experiencia como estudiante, se reflexiona sobre las formas en las que las instituciones educativas regulan y disciplinan los cuerpos. El texto analiza cómo la educación opera mediante la organización del espacio y las relaciones de poder que se establecen en ella. Se plantea la necesidad de imaginar y construir espacios educativos feministas que, en lugar de reproducir las formas de vigilancia y control, habiliten el encuentro y el deseo de quienes los habitan. La escuela, como espacio de disputa, puede transformarse en un lugar donde construir sentidos compartidos y nuevas formas de relacionarnos.
Palabras clave: disciplinamiento de los cuerpos, espacio escolar, pedagogía crítica y feminista.

Summary
Based on the narration of a personal experience as a student, this article reflects on the ways educational institutions regulate and discipline bodies. It analyzes how education operates through the organization of space and the power relations it entails. The text argues for the need to imagine and construct feminist educational spaces that, instead of reproducing forms of surveillance and control, foster encounters and the desires of those who inhabit them. The school, as a contested space, can be transformed into a place for building shared meanings and new ways of relating.
Keywords: Body discipline, school space, critical and feminist pedagogy.

Resumo
A partir da narração de uma experiência como estudante, este texto propõe uma reflexão sobre as formas pelas quais as instituições educativas regulam e disciplinam os corpos. Analisa-se como a educação opera por meio da organização do espaço e das relações de poder que nela se estabelecem. Defende-se a necessidade de imaginar e construir espaços educativos feministas que, em vez de reproduzirem formas de vigilância e controle, favoreçam o encontro e o desejo daqueles que os habitam. A escola, enquanto espaço de disputa, pode transformar-se em um lugar de construção de sentidos compartilhados e de novas formas de nos relacionarmos.
Palavras-chave: Disciplina dos corpos, espaço escolar, pedagogia crítica e feminista.

Recepción: 26/03/2025
Evaluado: 08/04/2025
Aceptación: 29/04/2025

Cuando era adolescente, en la década de los noventa, asistía a la secundaria pública de mi barrio en Montevideo. Para ingresar a la institución, se nos exigía el respeto de un código de vestimenta: pantalón deportivo o *jean* azul, camisa blanca o camiseta azul. A pesar de que las y los estudiantes discrepáramos con la prohibición de usar otros colores, *shorts* o bermudas en los días de mucho calor, el reglamento era parte del “acuerdo” al que se llegaba con las familias y, en general, se respetaba. Sin embargo, lo que esa —cuestionable— reglamentación no explicitaba era que su cumplimiento era supervisado por un educador, que, a la hora de la entrada, se paraba en la puerta para “inspeccionar” la indumentaria de cada estudiante mujer, valorando el largo de la camiseta o lo justo del *jean*. En más de una ocasión nos pidió levantar los brazos para comprobar si se nos veía o no el ombligo. Era una circunstancia desagradable para todas, pero la vivíamos como parte del funcionamiento “normal” del liceo.

Hace más de una década que soy profesora en la secundaria pública montevideana. Cada vez que en alguna sala docente se discute sobre cómo deberían (o no) vestirse nuestros estudiantes para asistir al liceo, regreso a esta vivencia. Con los años, he encontrado distintos marcos para nombrarla e interpretarla. Después de dejar esa institución reconocí el abuso de poder que implicaba aquella práctica —normalizada en el centro educativo— y la violencia que ejercía sobre nosotras, adolescentes de entre 12 y 17 años, un hombre adulto en una posición jerárquica.

Fui comprendiendo, además, los efectos de ese disciplinamiento en nuestros cuerpos, que fueron aprendiendo a vestirse de azul y a no mostrar la panza. Tardé mucho más en interpretar esa vivencia como violencia patriarcal, institucionalizada y naturalizada, ubicando en mi experiencia vital las huellas de un orden que, material y simbólicamente, produce y reproduce desigualdad. Una pedagogía que escenifica públicamente el poder (Segato, 2016), lo performa, moldea cuerpos y produce identidades (Butler, 2007). Reconocí, además, algunas de nuestras prácticas frente a esa violencia como tácticas de resistencia (De Certeau, 2000): usar buzos largos que al entrar nos quitábamos; ingresar antes de que el funcionario se instalara en la puerta o llegar tarde porque sabíamos que subía al primer piso; recorrer con la mirada la entrada del liceo para ver quién estaba a nuestro alrededor al momento del pasaje; o rodearnos de varones, porque a ellos no les decía nada. Subversiones pequeñas, solidaridades cotidianas, silenciosas y colectivas.

Hoy, esta experiencia que viví como estudiante me interpela como docente. Como plantea bell hooks (2019), la teoría feminista cobra potencia cuando dialoga con las vivencias cotidianas y ayuda a suturar las heridas que la violencia patriarcal produce en nuestros cuerpos. Narrar nuestras experiencias y producir nuevos sentidos invita a pensar pedagogías feministas y prácticas educativas transformadoras, que partan del cuerpo y la sexualidad, integren los atravesamientos de género, clase social y raza y permitan recuperar el deseo de estudiantes y docentes en las aulas (Platero Méndez, 2018). Construir vínculos pedagógicos dialógicos y afectivizados, que den lugar a otras formas de establecer relaciones con los saberes (Baez y Sardi, 2024; Sardi, 2024), es un horizonte necesario y posible. La amorosidad, como práctica política de cuidado, de reconocimiento de la

dignidad de todas las personas y de compromiso con la justicia social (hooks, 2021), es inseparable de una pedagogía que se proponga crítica y feminista.

Los “lentes violetas” nos han permitido problematizar nuestras prácticas educativas, los saberes que seleccionamos y los supuestos epistemológicos que implican desde la pregunta por el poder. Identificamos que la educación es patriarcal cuando no reconoce y perpetúa la discriminación hacia las mujeres y disidencias, tanto en los contenidos educativos que pone en circulación, como en las formas en las que se organizan las prácticas y las relaciones pedagógicas. El relato elegido incorpora en esa trama la pregunta por la materialidad de los espacios educativos. ¿Cuáles son las formas en las que deseamos habitar las aulas? ¿Cómo imaginamos espacios educativos que, en lugar de observar y disciplinar a los cuerpos, habiliten espacios seguros de encuentro? ¿Cómo hacer de las instituciones educativas, de sus aulas, pasillos y recreos, espacios pedagógicos y feministas?

Aunque las relaciones entre la arquitectura escolar y la experiencia educativa sean complejas y carentes de linealidad (Serra, 2018), los sistemas educativos modernos se han organizado en torno a la configuración de un espacio específico y de un ordenamiento determinado de los cuerpos (Dussel y Caruso, 1999). Basadas en la homogeneización y la normalización, las escuelas condicionaron fuertemente —y aún lo hacen— la tarea educativa y a los sujetos que por ellas transitan. Desafiar las lógicas escolares hegemónicas implica repensar sus espacios y las regulaciones sexo-genéricas que en ellos se establecen.

Es posible que hoy, las prácticas pedagógicas que narré y los actores que las recrean, sean distintos, al menos en parte. Sin embargo, las instituciones educativas siguen reproduciendo lógicas de vigilancia y control, que convierten a quienes las habitan en *objetos de una información*, pero no *sujetos en una comunicación,* tomando la expresión de Foucault (2002). Por eso, desde las pedagogías feministas, se insiste en la importancia de cultivar sensibilidades atentas a no repetir esas lógicas y que, al mismo tiempo, permitan imaginar nuevos diseños y formas de habitar los espacios existentes, para construir nuevos sentidos compartidos y otros modos de relacionarnos. Es bueno recordar, con Deleuze, que nuestra “capacidad de resistencia o, al contrario, la sumisión a un control, se deciden en el curso de cada tentativa” (Deleuze, 1996, p. 277).

La narración de experiencias no pretende constituirse como una crítica al pasado, sino evitar la clausura de la pregunta crítica sobre el presente y perder la posibilidad de proyectar otros futuros posibles (Acaso y Ellsworth, 2011). Tampoco se trata de totalizar desde la experiencia propia, sino de construir un lugar desde donde producir teoría situada y comprometida con las transformaciones sociales (hooks, 2019). Una potencia del ejercicio narrativo es justamente la posibilidad de encontrar nuevas capas de sentido que transformen y resignifiquen lo vivido. Politizar nuestras experiencias, ubicarlas en un cuerpo y en una trama política, encontrar lo social de lo íntimo. El feminismo es también un espacio en el que ordenar las violencias sufridas, hacer algo con lo que hicieron de nosotras y construir conocimientos que nos permitan comprender de manera rigurosa dónde nos duele el poder.

Quizás hoy, en Montevideo, una práctica patriarcal tan evidente como la relatada, no podría sostenerse, porque estudiantes, docentes y familias tenemos palabras para nombrar esas injusticias. De eso trata, en parte, y como dice Rita Segato, la tarea nominativa de los derechos humanos: “el descubrimiento y la formulación de nombres para aquello que no debería estar ahí” (Segato, 2018, p. 60). Importa pensar cuáles son las formas y estrategias

que traza el poder hoy, qué es lo invisibilizado y cómo se materializa aquí y ahora. El ejercicio de la crítica implica reconocer cambios e identificar nuevas preguntas a las que nos toca responder, convirtiéndonos, como dice Platero Méndez, "en el verbo transformar" (2018, p. 35), generando, desde el presente, otros modos posibles de encontrarnos.

Los feminismos implican la construcción de una mirada sensible, singular y diversa, que busca, al decir de Segato (2018), desnaturalizar los paisajes de crueldad y hacer del mundo un lugar más justo y amoroso. Mientras escribo este texto, leo la noticia de que, en un liceo de Montevideo, un grupo de estudiantes realizó una movilización en la entrada del edificio denunciado situaciones de acoso por parte de un docente. En las fotos y videos que circulan en medios y redes sociales se ven estudiantes con carteles y pancartas y también a docentes y familias acompañándolos. Estudiantes emocionadas y abrazadas, que saltan, gritan y cantan. Me alegra notar que ninguna está vestida de azul.

Referencias bibliográficas

Acaso, María y Ellsworth, Elizabeth (2011). *El aprendizaje de lo inesperado*. Barcelona: Catarata.

Baez, Jesica. y Sardi, Valeria (2024). *Pedagogías feministas. Propuestas para imaginar y sentir las aulas*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad.* Barcelona: Paidós.

Deleuze, Giles. (1996). *Conversaciones*. Valencia: Pretextos.

Dussel, Inés y Caruso, Marcelo (1999). *La invención del aula. Una genealogía de las formas de enseñar.* Buenos Aires: Santillana.

Foucault, Michel (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Hooks, bell (2019). La teoría como práctica liberadora. *Nómadas*. 50. DOI: 10.30578/nomadas.n50a8

Hooks, bell (2021). *Todo sobre el amor*. Buenos Aires: Paidós

Platero Méndez, Lucas (2018). Ideas clave de las pedagogías transformadoras. En: Ocampo, Aldo (coord.). *Pedagogías queer.* Santiago de Chile: CELEI.

Sardi, Valeria (2024) Imaginando aulas universitarias justas desde los aportes de las pedagogías feministas interseccionales. *Mora 30*(1), 5-20. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.18384/pr.18384.pdf

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres.* Madrid: Traficantes de sueños.

Segato, Rita (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires. Prometeo.

Serra, María Silvia (2018). Arquitectura escolar: ¿pedagogía silenciosa? *Revista Crítica. 3*(4). 36-43.

Notas

[1] Vivo en Montevideo, Uruguay. Soy docente de Filosofía (egresada del Consejo de Formación en Educación de la Administración Nacional de Educación Pública), Licenciada en Ciencias de la Educación y Magíster en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos (por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar). También soy doctoranda en Educación por la misma Facultad. Actualmente me desempeño como docente en educación media y universitaria públicas. ceciliasanchezg14@gmail.com / https://orcid.org/0000-0001-8439-100X